



Mons. Fabián Antúnez SJ
OBISPO DE SAN JOSÉ DE MAYO · URUGUAY

Homilía en la Misa Crismal 2024

Celebramos esta Misa Crismal en un contexto desafiante para nuestra zona y tantos lugares del país, en dónde se nos pone a prueba en nuestra capacidad de cercanía compasiva y trabajo en red. En efecto, a los efectos ya conocidos de la pobreza, de la inequidad, al aumento de las personas jóvenes en situación de calle y al flagelo del narcotráfico, se une ahora las inclemencias climáticas que nos han desafiado como sociedad al trabajo compartido.

Me gustaría que nos siguiéramos preguntando como San Alberto Hurtado: **¿Qué haría Cristo en nuestro lugar? ¿Cómo miraría el Señor estas realidades?** Considero que Dios en su providencia nos permite estar cerca como Iglesia de sus hijos más privilegiados y el camino debe ser el de **“descalzarnos ante el misterio del otro para dar una respuesta que brote de las manos abiertas al encuentro”**.

En este contexto realizaremos la renovación de las promesas sacerdotales, lo hacemos en vulnerabilidad, con conciencia de nuestro pecado, pero también de la gracia inmerecida que nos fue concedida en nuestro llamado. Somos invitados en efecto a reflejar el amor misericordioso del Señor que **“lleva la buena noticia a los pobres, venda los corazones heridos, proclama la liberación de los cautivos...y consuela a los que están de duelo”**

...

Es un amor que nos invita a la concretes de los gestos, un amor que baja del corazón a las manos y desde allí nos impulsa a caminar nuestras ciudades, pueblos, sintiéndonos portadores de un mensaje de esperanza, tan necesario para el hombre y mujer de nuestro tiempo. En esta semana diversos grupos misioneros de jóvenes han recorrido y caminarán distintos lugares de nuestra diócesis, llevando el bálsamo del consuelo y la esperanza que un mañana distinto es posible. De corazón, gracias a los jóvenes de Antorcha, Movimiento Cirineos y jóvenes de Sagrada Familia, por llevar el fuego evangelizador de la misión y ponernos en marcha como iglesia diocesana en misión permanente.

En esta celebración de manera especial quiero traer a Señor la vida de todos nuestros sacerdotes, seminaristas que donan su vida, quiero agradecer su vida entregada, su ser grano de mostaza que se parte para los demás, quiero desde la gratitud invitarme e invitarlos a dejarnos cada vez más **“mirar por el Señor, dejarnos consolar el corazón en el silencio de la contemplación para llevar a otros la alegría contagiante de quienes hemos entregado la vida al evangelio”**.

Para esto los invito y me invito a cuidar la intimidad con el Señor, poder en el silencio del corazón tener una oración apostólica llena de rostros, nombres, historias. Esta integración nos llevará a ser personas consagradas que mantengan viva la fuente del consuelo. Allí en lo secreto del corazón nos develará el Espíritu Santo, las mejores respuestas para acompañar con cercanía al pueblo fiel de Dios, en tiempos de tanto relativismo y cambio. Allí se nos inspirarán las palabras y gestos oportunos, allí se nos dirán los consejos que tenemos que dar o los silencios que tendremos que respetar.

Deseo que podamos reflejar en nuestros gestos sacerdotales la actitud del Señor de compasión que sale al encuentro, que seamos también **“sanadores heridos”**, que llevemos a las personas con las que nos encontremos la paz interior que brotan de las heridas curadas por el Señor. El desafío será el de mostrar un ministerio sacerdotal que viva gozosamente la alegría contagiante del Señor, una alegría sencilla que se refleja en la paz del corazón. El mejor testimonio que podemos dar es nuestra persona gozosamente esperanzada.

Podemos preguntarnos por nuestras palabras y conversaciones: **¿Reflejan la esperanza del señor Resucitado? ¿Hablan las mismas de sueños renovados? ¿Nos pensamos cada uno dando lo mejor de nosotros, arriesgando la propia vida?**

Comenzamos también con esta Eucaristía el año vocacional, un año en dónde deseamos reflexionar y rezar juntos para que el Señor quiera seguir llamando a más personas a la vida sacerdotal y consagrada. Este año vocacional se da en el marco de un tiempo de iglesia de sinodalidad, que realza el compromiso común del bautizado. Por tanto, la invitación es a comprometernos cada uno desde la propia vocación en vivir con radicalidad el llamado, un llamado que nos empuja a la misión.

Invito a todos a querer y cuidar a nuestros pastores, estar cerca con el afecto que tanto lo necesitamos y con la interpelación para movernos siempre a reflejar los gestos del Señor. Créanme que nos hace mucho bien el afecto genuino y la sana confrontación que busca sacar de cada uno de *nosotros* lo mejor del corazón.

Sueño en esta línea que nuestras comunidades puedan ser cada vez más lugares de crecimiento y maduración en la fe, espacios para la cercanía humana y para que podamos vivir la trascendencia que nos regala el amor del Señor. Quizás muchos de nosotros necesitemos sanar “heridas en los vínculos, recrear historias, volver a la creatividad que regala el Espíritu Santo, estar atentos a las novedades que el Señor quiere hacer en medio nuestro”.

Lo propio del Señor es la consolación que nos saca fuera de las zonas seguras, que nos impulsa a trabajar juntos en medio de la diversidad de miradas, que abre sitios para que todos sientan que tienen algo para dar y que en la iglesia hay un lugar con nombre propio de cada uno, que si no lo ocupamos queda vacío.

Jesús en el Evangelio proclama la buena noticia en la sinagoga donde se había criado. Allí en el ambiente que lo ha visto crecer, **aporta la novedad de la relación con los demás, con el Padre, una mirada nueva sobre la religión, colocando el amor como horizonte de comprensión de toda la realidad.** El Señor en su Espíritu recrea todas las cosas y el desafío es seguir pensando juntos “odres nuevos” que puedan recibir el vino nuevo que se nos ofrece.

Odres nuevos que contengan la inquietud de los adolescentes y jóvenes, odres nuevos que sepan recibir a los heridos en sus compromisos vocacionales por la separación o las pérdidas.

Odres nuevos para recibir a los sencillos que no tienen voz en nuestra sociedad, odres nuevos para acompañar a nuestros ancianos, odres nuevos para recibir a muchos que quieran colaborar en nuestra iglesia, odres nuevos para estar cerca de tantos hermanos nuestros que han sufrido en estas semanas el flagelo del clima, odres nuevos que nos hablen de trabajo en red, liderazgo común compartido y espiritualidad centrada en la compasión.

Pidamos al Señor nos conceda la gracia de continuar caminando juntos como iglesia diocesana, que su Espíritu nos siga modelando para reflejar mejor en nuestros gestos el amor que está a la base de su entrega amorosa por nosotros, que nos potenciemos mutuamente en nuestros compromisos vocacionales. Que nuestra señora nos ayude a cada uno a dar nuestro si comprometido. Que así sea.